

ct

3^a Escena de una obra aún no escrita

de
Arturo Babel

(texto completo)

Yo lo he visto,
he sido testigo de cómo se levantaba un rosal ante mis ojos estupefactos y yo tan incrédulo allí parado, viendo cómo se alejaba por el pasillo largo de la noche.

No fue el espejismo de un borracho, lo juro,
fue la suerte del lúcido,
la sorpresa que se le da a quien permanece atento.

Llevaba sin dormir tres días,
custodiando el invernadero que tomamos, los otros dos y yo, como refugio.
Sí, los dos cuerpos que acabáis de ver pasar, esos cuerpos,
antes respiraban.
Nunca nos dijimos los nombres, no hizo falta ¿para qué?
No nos podíamos confundir con nadie más.
Estábamos los tres solos en el mundo, un mundo que habíamos logrado reducir al interior de
aquél invernadero de plástico.

Los tanques gemían allá fuera. El llanto de las madres había sido tapado por el silbido que emiten las balas.

El primero cayó enfermo por culpa de una herida infecta.
Un hilo constante de pus regaba la acequia que daba de beber a la vegetación que allí se encontraba.
La verdad es que tuvimos suerte de caer en ese y no en otro.
El interior que habitábamos era precioso. De la tierra surgían todo tipo de plantas con un sin fin de flores, había árboles frutales, verduras y hortalizas. Un paraíso pequeño en mitad de una noche que ya llevaba despierta demasiados días, tantos que ya uno no podía recordar el verdadero color de las cosas.

El segundo pareció marcharse de su propio cuerpo a los pocos días de entrar.
Tomó una posición fetal sobre la tierra, como queriendo volver al vientre del que salió
y al poco un manto de silencio le arropó.
No volvió a decir ni una palabra, se limitó a mirar al frente y a parpadear en ocasiones.

Qué curioso el Tiempo, cómo es capaz de torcerse sin que uno se de cuenta.
Aunque ahora que lo pienso... las señales eran evidentes... pero vamos tan rápido, corriendo por la cima de los días, que no reparamos en los pequeños pliegues que aparecen en sus laderas, que no son otra cosa más que alertas de un posible desenlace trágico. Nadie reparó en ellos y así pasó: el Tiempo nos mordió a todos, arrancando de nuestro cuerpo la proyección de futuro, borrando de nuestra mente nuestros deseos más antiguos. En su lugar puso otro tipo de deseo que no es más que la necesidad de sobrevivir o, como le pasó al segundo, el anhelo de empezar de nuevo. Pero la condición más jodida del Tiempo es que no se puede volver atrás en él y hay que asumirlo según llega. Si lo hubiéramos escuchado antes...

Allá, en el invernadero, me había convertido yo en el único ser con capacidad de movimiento, por

el momento, el encargado de velar los cuerpos inertes que allí se atrincheraban:
dos cuerpos humanos y cientos vegetales.

Al menos la soledad sabía diferente entre tanta belleza,
que parecía marcarle un pulso al horror que se escuchaba fuera.

Un día el bramido de la guerra elevó su tono: Ahora no solo las balas silbaban mientras los tanques gemían, sino que se sumó el chillido del cielo, como si una bandada de arpías lo hubiesen colonizado y se precipitasen a la tierra por turnos.

Una ráfaga de viento interminable hizo su aparición, que, encabronado, movía las paredes de plástico, haciendo que sonasen como el impacto de cincuenta látigos de siete puntas.

Podía oír el trotar de un ejército de botas de goma pisando, violentas, el suelo que nos sostenía todos por igual.

¿Por cuánto tiempo estaríamos seguros ahí dentro?

No volví a pegar ojo, por si en algún momento hubiese que salir corriendo.

Pero otro ser vivo, que no fui yo y mucho menos mis compañeros, se adelantó a la carrera.

Una bala consiguió atravesar uno de los plásticos saliendo por el que tenía enfrente. Al rato un sonido como de quebrar de tierra se despertó dentro del invernadero. Parecía que algo se movía bajo tierra. Busqué de dónde venía y llegué al rosal. Algún animal, pensé. Y pasados unos segundos el rosal alzó parte de sus raíces, dejándolas al descubierto y posándolas sobre la tierra, como si de patas se tratase. Apoyándose en el suelo tiró del resto de raíces, que aún estaban bajo tierra y las posó junto a las otras. No creía lo que estaba viendo.

El rosal empezó a moverse, como si intentara caminar. Yo no creía lo que estaba viendo.

Entonces cogió velocidad en su movimiento y echó a correr. Yo lo vi y no daba crédito.

Se alejaba, dejando tras de sí un charco de pétalos de sangre y abandonó el invernadero.

El sonido socavado de la tierra se repitió,

esta vez viniendo de diferentes puntos del invernadero

al mismo tiempo

y todas las plantas, árboles y verduras salieron de la tierra que les daba cobijo para seguir el camino que les había marcado el rosal.

La vegetación salió corriendo ante mí, desapareciendo en la noche,

y yo estupefacto allí parado, con los ojos como platos.

La soledad se acababa de convertir en un pozo sin salida.

Cuán horroroso se había tornado todo que hasta las plantas decidieron abandonar la tierra que compartía con la humanidad. En qué ser insoportable se había convertido el ser humano que hasta la belleza nos dio de lado.

Si lo hubiéramos escuchado a tiempo...